

Abiertamente se presenta como enemigo de la sociedad, contra la que lucha. Porque es injusta, porque quiere renovarla de manera real —dentro de lo ridículo— mostrando lo que es la vida con sus dos formas Drama-Comedia en una perfecta conjunción difícil de imitar por ser creación de un genio.

Añadamos las cualidades = virtudes que salen de su personaje. La bondad natural con su derivación: la delicadeza, manifiesta a cada paso en sus mejores films. Ideología comunitaria, en la que él se siente responsable al presentarse como tipo-experiencia de los demás desgraciados.

Aunque Charlot no se puede elegir como aspiración humana dentro de la fenomenología social, es en su causa, donde hallamos como buena esa aspiración humana, la de la justicia, que trata por todos los medios que triunfe aunque en realidad fracase.

Afirmamos, sin ser exhaustivos, que en una visión objetiva de Charlot se pueden encontrar algunas de esas facetas. Pero si decimos que Charlot sólo a base de imágenes no es humanista porque le falta la palabra —factor humanístico del cine— tendremos que confesar que hemos restringido muchísimo el sentido de lo humano. Porque humanas son, profundamente humanas, las calidades y tonos de que está compuesto todo el cuadro de su obra.

Finalmente, una añoranza, un deseo, ya en su nacimiento frustrado. En el cine de Charlot se echa de menos lo transcendental. A veces es demasiado duro, amargo, rencoroso. (Las pasiones son también patrimonio del hombre). Pero es que Charlot se queda en la pura materia. No sabe dar el paso hacia la esperanza y nos deja como final esas sonrisas tristes, expresión de un mundo vacío, sin alma.

Todo su afán de justicia, su sentimiento comunitario, su deseo de una vida mejor para sus semejantes: "mi religión, dice él mismo, consiste en querer que cada uno tenga una casa, tres comidas diarias y la posibilidad de albergar a sus hijos en un ambiente cuidado y confortable...", todo eso es bueno, pero...

Quizás, amigo Piñán, el humanismo de Charlot es dudoso... porque sencillamente le falta Dios.

Emilio Mayayo, S. I.

ALMENA

Octubre 1958, núm. 3. FRANCISCO JUBERIAS, CMF, La Superbia clericalis.

No estoy tan seguro como Juberias de que los curas —así en masa— nos reconozcamos en su examen de conciencia. Creo que en esto, como en tantas otras cosas, nos contagia el mundo y nos falta, también a nosotros, el sentido del pecado. Sobre todo cuando se nos dirigen acusaciones colectivas, fácilmente descargamos la responsabilidad en el vecino, o todo lo más la admitimos difusamente. Si no, ¿por qué echamos la culpa del anticlericalismo a los comunistas, a los masones, a la libertad, la igualdad y la fraternidad o a estos universitarios modernos que arrasan iconoclasticamente todo? No voy a decir en un alarde de simplismo que todo pasa a nuestra cuenta. Acuso de incompresión a esos anti-clérigos y admito existencias manejadoras de situaciones. Pero, aunque seamos seguidores de Cristo por profesión, ¿podremos aplicarnos tranquilamente la palabra de la Escritura: "me odiaron sin razón, gratis...?"

Sí, reconozcamos nuestra parte en esa marejada que bate algunas zonas de España. Allí está esa lista de soberbias que Juberias nos ha sacado a la cara. Todas y algunas más cometidas con ocasión o al abrigo de una situación de favor. Pero venga sobre ese examen "reconocido" la contrición y el propósito de la enmienda. Algo que machaque nuestro corazón, porque queremos a Dios. Porque nuestro pecado clerical está también sobre el celemin y nuestra llamarada echa humo desde lo alto del monte. Llorar amargamente y proponer. Quizás lo mejor de todo, vivir en nuestro sitio, quedarnos allí donde Cristo nos señaló.

Javier Ruiz de Arana, S. I.

